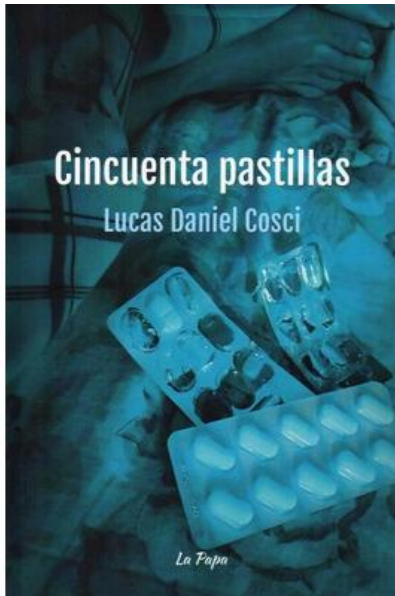


// Reseñas //



***Cincuenta pastillas***

Lucas Daniel Cosci

La Papa

2022

**Agustina Garnica<sup>1</sup>**

Recepción: 30 de abril de 2024 // Aprobación: 21 de junio de 2024

El autor de *Cincuenta pastillas* escribe a partir de otras historias<sup>2</sup>. Podemos reconocer en la narrativa de Lucas Cosci algunos libros, escritores y escenas del pasado cultural y político de nuestras provincias, de nuestro país. Estas historias, que permanecen guardadas en la memoria colectiva del territorio, están detrás de todo como un motivo implícito y evidente a la vez. Podríamos decir que el autor antes de ficcionalizar, fantasea. Es en la fusión entre historia y fantasía donde aparece su ficción. Algunos de los cuentos de esta compilación parecen haber sido escritos para responder a las preguntas: ¿Qué habrá pasado? ¿Cómo habrá sido? Así, la historia surge de un espacio de intimidad que es absolutamente inaccesible. ¿Quién sabe qué

---

<sup>1</sup> Doctora en Humanidades (área Filosofía) por la Facultad de Filosofía y Letras (UNT). Auxiliar docente graduada de la cátedra de Pensamiento Filosófico. E.mail: agustinagarnica84@gmail.com

<sup>2</sup> Como han señalado Soledad Martínez Zuccardi y Hernán Carbonel en sus reseñas sobre este libro, publicadas en La Gaceta y en La papa respectivamente poco tiempo después de que saliera a la venta en 2022.

pasó? Nadie en realidad, pero en la literatura, en el relato, se inicia la búsqueda para alcanzar una verdad posible; la ficción es un modo de acceder a ella.

Si la fantasía es el impulso que pone en movimiento el mecanismo de la narración, las cuestiones que se despliegan son los grandes temas de la existencia: la identidad, el lenguaje, el amor, la muerte, que, tal vez, los filósofos han ido abandonando en el afán de dar lugar a la especialización, ante la exigencia de la vida académica. La literatura existe en parte para insistir en esos temas. Los cuentos y las novelas de Lucas Cosci son modos de esas insistencias.

El primer cuento, “La cruz de Sabagasta”, intercala dos historias que rodean la misma cuestión: lo que significa en determinado contexto “hacerse pasar por lo que no se es”. Rodean la violencia que es producto de una concepción esencialista de la identidad que la entiende como aquello que uno es y no debe cambiar, como lo heredado e inalterable. Así, el varón es varón y el indio es indio y todo intento de transformación es visto como la usurpación de una identidad ajena y por lo tanto como un delito que debe ser castigado. En ambas historias el ajusticiamiento se aplica brutalmente sobre los cuerpos, porque es el cuerpo, en última instancia, el que transgrede y lleva las marcas de intromisión.

La identidad también es el tema en “Palabras que se rompen”. En un registro más cercano al humor, el monólogo se construye desde la épica del ascenso social y despliega solapadamente el relato de la construcción de la propia identidad. La voz narrativa que la reafirma (“Yo, Luis Anselmo Valdivieso”) le habla a una mujer, le hace preguntas que en lugar de invitar a la conversación funcionan como subtítulos de su propia historia. En “Sonata y fuga” nos encontramos también con un personaje replegado sobre sí mismo, esta vez como víctima del desamor.

“El lector de Ulises” tiene el eco de *Cuidad sin sombras*. En ambos textos el objeto libro se muestra como reliquia. Pero esta vez el valor no está en su antigüedad -como en el caso de la novela- sino en quien lo lee: Jaume Fernández Rovira, oriundo de la ciudad vecina de Catamarca, es el lector obsesivo del *Ulises* de Joyce y quien fuera capaz de estudiar inglés con el sólo objetivo de saberlo todo. La historia empieza cuando Jaume se reúne por primera vez con Leonardo en un bar céntrico de la ciudad de Santiago del Estero y le muestra un ejemplar del libro en cuestión, completamente invadido por “notas marginales de tipo compulsivo”. El narrador usa una bellísima metáfora para explicar el grado de obsesión de aquel lector: “una caligrafía miniatura como un camino de cientos de millones de hormigas azules y voraces recorría y nublaba todos los espacios en blanco que enmarcaban cada página (...) los espacios ociosos del libro, violentados a puño y letra por un texto intrusivo, invasivo,

de pretensiones referenciales, que en apariencias ampliaba o tutelaba el original.” La historia se construye sobre la ilusión imposible que tiene todo lector fascinado con un texto: “saber los sentidos infinitos”; sobre la ambición inconfesada de todo investigador: “ser el hombre que más cosas haya visto en el cielo crepuscular de este libro”.

“Los espejos de papel” empieza con una sentencia, con la declaración de la necesidad imperiosa que de pronto posee al escritor cuando se le ocurre una idea: “Tengo que escribir sobre esto, me dije a mí mismo al salir de la facultad”. En este cuento aparece la relación tensa pero fructífera que se da entre el mundo académico y la escritura de ficción, entre la universidad, las lecturas y escrituras libres; aparece también la relación compleja entre el profesor y el estudiante, invadida a veces por las sospechas y las envidias, por la competencia. A su vez, en la historia se cuele el mito del escritor bohemio que destruye sus relaciones porque cree que literatura es lo más importante -más que la familia, la pareja, que el dinero y el progreso. Al concluir la lectura del cuento quizás queda flotando la pregunta sobre si acaso la vida académica no es mucho más rutinaria, tediosa y falta de novedades de lo que pretenden las historias sobre ella. En el final del cuento, cegados por su apego a la literatura, los personajes incurren en el delito, al igual que en “El lector de Ulises” y en *Ciudad sin sombras*. Esta vez el estudiante, a quien el protagonista envidia por la agudeza de sus ideas, termina plagiándole la historia.

“Lejos, porque cerca ya no llego” y “No sea cosa que el olvido” logran atrapar una escena aparentemente imposible para la narración: la intimidad de las últimas horas de vida de quien sabe que se va a morir. El cuento es pura especulación, un intento imposible pero valioso de imaginar el último encuentro entre Elvira Orphée y Alejandra Pizarnik la noche previa al suicidio. Hay algunas marcas en el texto que las nombran con sutileza: Elvira se llama Elvira pero Alejandra, “Buma” (el apodo de su infancia); se hace mención a dos de sus libros, *Árbol de Diana* y *Los trabajos y las noches*. Elvira va a estar con ella y lo sabemos porque usa una expresión muy corriente y cercana a la vez: “vine a estar con vos”. Y le prepara un té, un gesto que parece no tener sentido frente al dolor profundo y arcaico de su amiga, pero lo tiene. Y el narrador lo capta muy bien: “¿Qué puede un té en medio de una vida partida por el viento? Solo un poco de calor, nada más, una taza de té para tanto frío, ¡qué va a poder! Un poco de calor. Algo es algo. Un calorcito para un cuerpo de última inocencia (...) bien vale una taza de té para estar en pie, una taza de té para volver a la tibieza de la tarde fugitiva.”

“No sea cosa que el olvido” relata los pensamientos del ex gobernador de Santiago de Estero, Carlos Juárez, en las horas previas a su muerte. Llamado por el narrador “el hombre

de noventa y tres años y cinco proclamaciones” —como si las veces que ha sido puesto en el cargo de mayor poder en la provincia fueran parte de su identidad o le sumaran años a su edad biológica— insiste en la excepcionalidad de su vida: “¿Cuántos en el mundo han sido elegidos cinco veces? (...) Nadie o casi nadie.” El cuento apunta con sutileza al contraste entre el poder que ha concentrado tantas veces durante tanto tiempo y la decadencia de su estancia en un sanatorio, donde la muerte le llegará como a cualquiera, como a todos, sin importar cuántas veces haya sido proclamado gobernador. Moribundo, Juárez sabe cómo si lo estuviera viendo que “las honras oficiales van a ser poco para su voracidad”.

Por último —y en esto coinciden todos los cuentos que conforman el volumen— “La versión cero” y “El silencio de la higuera” pueden leerse como un registro poético del tiempo más violento de nuestra historia reciente. La represión sobre los cuerpos y la censura de las palabras son contadas con la sutileza propia a la literatura y cubiertas por metáforas que lejos de tapar la historia refuerzan la memoria del lector dispuesto a recordar.